

Javier Arevalo

EXPOSICION ANTOLOGICA

Week of Jalisco / The San Antonio Festival 1991 / Los Patios Gallery
San Antonio Texas, U. S. A.



Javier Arévalo: tradición fantástica

Por Bertha Taracena

La retrospectiva de Javier Arévalo, inaugurada en el Palacio de Bellas Artes -fue la misma exposición que se exhibe actualmente en el Instituto Cultural Cabañas- confirma la indiscutible presencia de este artista en el panorama del arte mexicano de fin de siglo. Desde las décadas de los 70 y 80, Arévalo se ha caracterizado por lograr obras con extraordinario vigor plástico. Objetos y cosas, paisajes y personas, se incluyen en un mismo rito trepidante.

Personajes grotescos o dramáticos, objetos que son elementos del paisaje, paisajes en sí mismos junto a personas, se mueven, bailan, portan máscaras, observan, viven, presos de la fiebre que el pintor proyecta sobre ellos con sus personales expresiones interiores. Todo el horizonte de este período se expresa con formas en diálogo continuo, contradictorio, que cubre con elocuencia de voces claras la plástica de su tiempo.

En pinturas como *El estudio del pintor* (1983), el diálogo no se establece únicamente entre las figuras principales, sino que todo se mueve: la pared, el espacio del centro, los objetos. Esa sensación del movimiento da la idea de que el artista no pudiera contener la vida propia, totalmente autónoma, que poseen las cosas. Esta fractura plástica de la gravedad donde los niveles convencionales de la estructura se encuentran alterados, interesó mucho a los pintores jóvenes que en ciertas épocas asistieron al estudio de Arévalo. Se trata de formas inestables, móviles, identificadas por un dibujo limpio, con un deseo impulsivo de existir y de representarse a sí mismas del modo teatral e imaginativo que identifica a Arévalo en sus mejores momentos, desde *Pena resonante* (1967), hasta *Somos mexicanos, ¡y qué!* (1990).

Vehículo de esta expresión coherente es el color, rico en energía, cargado de sentimientos y significados mediante el rojo del fuego, de los verdes del campo y los blancos

deslumbrantes como un respiro y un espacio en la mesa efervescente de los demás pigmentos. En la serie de los *Autorretratos*, la cabeza como si fuera un paisaje queda descompuesta en sus volúmenes fundamentales (a veces con máscara), lo mismo que las manos o las piernas desarticuladas que remiten a rostros y manos de santos barrocos, tal como se encuentran en las iglesias de Jalisco y del barrio El Santuario, en Guadalajara, donde nació el artista.

Por lo que hace a las figuras monumentales enmarcadas entre las líneas negras de los perfiles, éstas sugieren las raíces del arte prehispánico por sus espaciosos volúmenes. La precisa y vigorosa síntesis con que Arévalo traza los diferentes planos de sus formas y con la cual cristaliza movimientos y gestos, además de condensar su gusto por señalar y subrayar algunos detalles anatómicos o la conformación de una escena, el juego rítmico en el que participan personajes y fondos, líneas y volúmenes, evoca la disciplina con que construían sus propias representaciones los artistas prehispánicos. Sobre todo la extraordinaria monumentalidad que poseen las figuras de Arévalo, su injerto grotesco y macabro, humorístico e ineluctable, lo confirma en la gran tradición fantástica del arte mexicano, desde la antigüedad hasta nuestros días.

En series diversas como *Se me hacen los ojos largos y veo que no llegan*, *Luz de luna*, *Vuelo de pájaro*, aparecen ídolos de nuevo género: *el moloch del sexo*, *los goces del placer y las diosas superiores y de la perdición*. La geometría sirve al artista para acentuar esa impresión de autómatas maravillosos que conllevan sus figuras sólidamente plantadas en el espacio, enigmáticas en su actitud. Desde ese encuadre, las mujeres sobresalen como símbolo de fuerza de la naturaleza, llenas de desafío, de sensualidad, de plenitud.

La búsqueda objetiva de la realidad y de la verdad, igualmente tradicional en el arte mexicano, se hace claramente visible en el gusto de Arévalo por la belleza antigua y desnuda de las formas, impresionante en su grandeza.

Javier Arévalo

By Bertha Taracena

The retrospective exhibition of Javier Arévalo, opened in the Sala Nacional of the Palacio de las Bellas Artes -is the same exposition that was exhibited in the Instituto Cultural Cañas of Guadalajara, Jalisco- confirming the indisputable presence of the artist in the panorama of mexican arts, at the end of the century. From the decades of the 70's and 80's, Arévalo has been characterized by successful works with extraordinary creative vigor. Objects and things, landscapes and people are included in the same trepidatory rite.

Grotesque persons or dramatic objects that are elements of the landscapes in the same togetherness with persons that are elements of the scenery, they move, they dance, they wear masks, observe, they live, imprisoned by fever, that the painter projects over their personal inner expresions. The whole horizon of this period is expresed with form of continuous dialog, contradictory, that covers with eloquence of clear voices the art of his time.

In paintings as *The Painter's Studio*, 1983, (*El estudio del pintor*) the dialogo is established uniquely between the principle figures, except that everything is moving the wall, the center space, the objects. This sensation of movement of the artist's idea that the artist could not contain in his own life totally autonomy that possess things. This plastic break of gravity when the conventional levels of the estructura are found altered was of much interest to young painters that in certain epochs were present in Arevalo's studio. We are dealing with unstable forms, moviles, identified by a clean drawing with impulsive desire of existences and of representing them selfs, are imaginative and teathrical ways which identifies Arévalo in his best moments, from *Resonant Toil*, 1967, (*Pena Resonante*), until, *We are Mexican so What?*, 1990 (*Somos mexicanos, ¡y qué!*).

The vehicle of this expression is color, rich in energy charged with sentiments and significant by means of the red

of fire of the greens of the country and the whits dazzling as a breath itself, and space enclosed, the effervescent table of the others pigments. In the series of the *Selfportraits (Autorretratos)* the head as if from the scenery remains descomposed in its fundamental volumes (at times with a mask) the same in the hands or the legs desarticulated that refer us to the faces and hands of baroque saints that can be found in the churches of Jalisco, and at the *Barrio del Santuario*, where the artist was born.

In relation to the monumental figures which are framed in profile with black lines they suggest the roots of the prehispanic art because of its large volumes. The precise and vigorous synthesis with which Arévalo traces the different planes of his forms and with which he crystalizes movements and gestures besides of condensing its taste for signaling and underline some anatomical details of the conformation of a scene, the rhythmical play in which the characters and background participate, lines and volumes evoke the discipline with which the prehispanic artists constructed their own representations. Above all the extraordinary monumentality which the figures of Arévalo possess, its grotesque and macabre implant, humorous and irresistible. Confirm the grand fantastic tradition of mexican art from antiquity to the present time.

In various series as *My Eyes Grow Large and I don't See Them Arrive*, *Light of the Moon*, *Flight of the Bird*, (*Se me hacen los ojos largos y veo que no llegan*, *Luz de luna*, *Vuelo de pájaro*), appear idols of a new genius: the moloch of sex, the joys of pleasure and the superior goddesses of the perdition. Geometry serves the artist for accentuating that impresion of marvelous automats that guides his figures solidly planted in space, in an enigmatic attitude. From this frame of reference, women stand out as symbols of the strength of nature, full of challenge, sensuality and plenitude.

The objective search of reality and truth, equally traditional in mexican art is clearly made visible in the taste of Arévalo for the antique beauty and the nudness of the forms impresive in their grandeur. (*Translation E. A. Puglisi*)